

la amistad que le une a mi marido ¡Gracias, gracias, caballero!

—No tengo inconveniente en ello,—aseguró con frialdad el Sr. Codina—pero habrá de ser con una condición.

—¿Y esa condición....?

—Perdone mi franqueza, señora. Yo, estoy enamorado de V.

—¡Caballero!, no creo haberle dado motivo para....

—Permítame concluir. Todos sus atractivos tienen para mí un encanto irresistible, por ser V. la mujer legítima y virtuosa de un amigo mío. La condición, el precio que pongo a la destrucción de la prueba es.... V. misma.

—¡Caballero—murmuró la señora de Martínez visiblemente alterada—, he debido comprender mal.... Yo le ruego....

—Ha comprendido V. perfectamente bien—aseguró aquél hombre imperturbable—; acceda V. a rescatar la letra en la forma que estipulo y en lo sucesivo, su marido no tendrá nada que temer.

La dama se irguió pálida, descompuesta.

—Es V. un infame, un....

—Señora—la interrumpió tranquilamente el banquero—, yo la aconsejaría que reprimiera su impulsividad y me ahorrase los improperios propios del caso; porque la advierto, que no tendrán la virtud de variar en un ápice la firmeza de mi decisión. A mi juicio, en amor, todos los procedimientos son absolutamente lícitos, si nos procuran la posesión del ser amado. La agradecería, por tanto, me respondiese categóricamente a mi pretensión.... o exigencia, si prefiere llamarla así.

La señora de Martínez tardó en contestar. El insulto la ahogaba. Toda su dignidad de esposa intachable, había sido odiosamente ultrajada; todos los respetos a que la harían acreedora su pudor y su virtud, habían sido vilmente pisoteados. Arrogante, erguida, roja de vergüenza, sublime de indignación le increpó:

—¡Es V. un malvado, un canalla! ¡Salga inmediatamente de esta casa! Y con ademán de suprema altivez, extendió un brazo hacia la puerta, repitiendo con expresión de soberano desprecio:

—¡Váyase, váyase!, de lo contrario llamaré para que lo arrojen como se merece: ¡como a un miserable!

—En eso mismo estaba yo pensando, en irme. Observo que está V. excesivamente nerviosa y esto me contraría; así, pues, no insisto más. La concedo un plazo para que pueda V. reflexionar y decidir lo que la conviene. Mañana, a esta misma hora, tendré el placer de ponerme a sus piés.

Dicho ésto, se dirigió hacia la puerta. Allí se volvió: señora, procure no olvidar que su esposo está enteramente a mi merced y que con una sólo palabra puedo hundirle en un calabozo para algunos años. Acto seguido se inclinó profundamente y desapareció.

¡Hora era! La señora de Martínez estaba yerta; sólo por un milagro de su voluntad había conseguido sostenerse en pié. El bochorno, la humillación sufrida la habían agotado. Se desplomó sobre una butaca y allí

dejó que las lágrimas inundáran sus ojos mientras su pecho desahogaba su pena en sollozos tan hondos, tan sentidos que todo su hermoso cuerpo se estremecía en violentas contorsiones como si estuviera sometido a las alternativas de una corriente eléctrica.



Cuando sus ojos hubieron agotado las lágrimas, su primer impulso fué el de revelárselo todo a su marido para que éste vengara la ofensa que la habían inferido; pero luego que la laxitud de la materia permitió el libre juego de la reflexión, volvió de su acuerdo. ¿Qué conseguiría con ello? Que el banquero, cumpliendo su amenaza, hundiera en la ignominia a su esposo, a quien adoraba. ¡Nó, esto no lo consentiría jamás! Se sentía capaz de los mayores sacrificios; soportaría nuevamente la odiosa presencia del banquero; le hablaría suplicante; apelaría a sus más nobles sentimientos; demandaría humildemente generosidad e hidalguía para su esposo, caridad para ella.

Al día siguiente, a la hora prefijada, se presentó el Sr. Codina, siempre erguido, frío, impenetrable. La señora de Martínez suplicó, lloró, amenazó. En un momento de sublime abnegación, llegó hasta prometer para más adelante.... Todo fué en vano. Su humillación había sido inútil, su martirologio estéril. Y cuando agotada, maltrecha, vencida devoraba su pena infinita sobre un diván, el banquero, disponiéndose a partir, con acento de fría decisión, conminó:

—Señora, mañana a las cuatro tendré el honor de recibir su visita.

Y deslizando una tarjeta sobre el diván, se retiró sin volver un momento la cabeza.



Fueron veinticuatro horas de continuo sobresalto, de horrorosa pesadilla. Una lucha angustiosa sostenía su alma: por una parte su decoro, por otra el baldón que se cernía sobre su esposo. Y ella era la clave de la solución; con una sólo palabra de sus labios podía conjurar el espantoso dilema. ¿Y si me sacrificara? Horrorizada, rectificó, rápida, su pensamiento. ¡Cómo pude ni imaginarlo siquiera!.... ¡Infame! Sus últimas palabras fueron una verdadera conminación. Pareció decirme: si V. no consiente en ir ya sabré yo lo que tengo que hacer ¿Y si acudiera? ¿Qué aventuraría? Suplicaré de nuevo, me arrodillaré a sus piés. ¡Oh, ese hombre habrá de poseer un corazón de hiena para no ablandarse! Pero ¿y si con mi nueva humillación, con mis nuevas súplicas, con mis nuevas lágrimas no consiguiera conmoverle? Entonces....

El llanto no la dejó continuar. ¡Cedería, sí! Podía más en ella la infamante amenaza que todo su orgullo de mujer honrada, que su propio decoro. ¡Al fin se decidía! Enseguida, una duda la sobrecogió. ¿Y su carne, la traicionaría? El sólo pensamiento la causaba una repugnancia invencible; si un átomo de su cuerpo luminoso y admirablemente equilibrado para el amor la traicionase, mutilaría su médula, si ántes no moría de vergüenza. ..